

853
A.



PQ4683
A3
R68
V1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina TYPOGRAPH.—Barcelona.

¡ANIMO!

El maestro Emilio Ratti, cuyas vicisitudes me propongo referir, vióse lanzado á la profesión del magisterio elemental á consecuencia de desgracias de familia. Su padre, propietario de una imprentilla en la ciudad de ***, donde desde muy antiguo existía una escuela normal de maestros, encontrábase todavía en todo el vigor de su edad madura, y después de algunos años de estrechez, comenzaba á rehacerse un poco, gracias á los trabajos enviados por algún editor de Turín y á la impresión de un periódico local de agricultura, cuando falleció casi repentinamente, dejando desamparados á su mujer, al primogénito Emilio, que era á la sazón adolescente y á tres pequeñuelos, una niña y dos niños. Cierta noche, cuando acababa de sentarse á la mesa con su familia, dejó caer de la mano el tenedor, trató de recogerlo, no pudo; dijo:—«No me siento bien,»;—y aquellas fueron sus últimas palabras razonables; lleváronle al lecho, vino el médico; todo había concluído. Habíasele apoderado la parálisis de todo el lado derecho y le había privado de la razón; el pobre impresor balbuceó frases inconexas y ya no reconoció á sus hijos. Al cabo de veinte días murió. Carecían de dinero; la imprenta sirvió para pagar deudas antiguas, y únicamente quedó á la familia con que vivir un mes, pasado el cual, la viuda, que había estado siempre enfermiza, cayó en cama para no volver á levantarse y los hijos quedaron sin

recursos de ninguna clase. El solo pariente cercano que tenían era un tío, violinista arruinado y ocioso, cuya hija única estudiaba para maestra en Turín: una carta cariñosa del tío violinista fué todo el consuelo que los huérfanos recibieron en su tribulación. Los parientes lejanos no respondieron, y los amigos se ocultaron. Como sucede muy á menudo, fueron personas extrañas las que salvaron á la familia, disolviéndola. El Obispo puso á uno de los niños en un instituto de Don Bosco; el alcalde obtuvo para el otro una plaza en los «Artesanitos»; y un matrimonio, los señores Goli, ancianos ya y sin hijos, se llevaron á la niña y mantuvieron á Emilio durante algunos meses hasta que, repasados sus estudios de los dos primeros cursos técnicos que había abandonado para ponerse con su padre en la imprenta, pudo presentarse á los exámenes de admisión en la Escuela Normal y obtuvo una plaza gratuita. La madre, consumida, más que por la enfermedad, por el martirio de ver primero á sus hijos en la miseria y de no verlos á su lado después, no fué para sus bienhechores carga muy duradera; murió el mismo día en que Emilio le llevó la noticia de que había sido admitido en la Escuela.

* * *

Aturdido aún con aquel nuevo golpe, entró el joven en el colegio de internos de la Escuela Normal, que era un antiguo convento, y en el cual se reunían, para los tres cursos, muy cerca de cincuenta internos y unos diez externos. Algo le distrajo, por de pronto, en sus tristezas, el aspecto de aquella extraña Comunidad compuesta de jóvenes de diez y siete años y de hombres de treinta, de clérigos y de ex militares, de hijos de aldeanos, de obreros, de comerciantes, de empleados, tan diversos entre sí en el grado de cultura, algunos de los cuales habían emprendido aquella carrera impulsados por el anhelo de elevarse sobre su clase social; estimulados otros por su repugnancia al trabajo mecánico ó por el fracaso de los ensayos de otras ocupaciones; muchos, por desgracias que habían

sumido en la pobreza á sus familias; muy pocos, movidos por lo que suele denominarse vocación profesional; y tornando todos á ser un poco niños, á consecuencia de aquella existencia de escolares, de la mesa común y de los recreos y las salidas á horas fijas. Pero más que todo contribuyó á distraer á Emilio la ocupación continua impuesta por las muchas materias que estudiaba y por la obligación que entonces tenía de hacer el resumen de las lecciones; lo cual le obligaba á escribir durante muchas horas todos los días. Un poco le asustó al principio el estudio de la pedagogía, que le pareció arduo y abstruso, y para el cual, no sólo su inteligencia mal preparada para estudios abstractos, sino también su falta de memoria, mostrábanse un poco rebeldes. Pero el excelente método de su profesor, que huía del abuso de los preceptos dogmáticos y se detenía mucho sobre las nociones elementales, fundando todos sus razonamientos en observaciones exactas de hechos comunes, con extraordinaria claridad de lenguaje, hizole muy pronto agradable aquella asignatura.

El profesor de Pedagogía, un señor Megari, director de la escuela y que explicaba también la clase de «Derechos y Deberes» y habitaba en el colegio, era efectivamente, y con mucha diferencia, el mejor de aquellos profesores. Había enseñado latín y griego en un Instituto. Ocho años antes había perecido su mujer en el incendio de un teatro, y aquella desgracia había llevado á su espíritu una tristeza incurable. Era hombre de unos cincuenta años, de baja estatura, de costumbres rígidas, algo canoso y que siempre iba envuelto en su gabán negro y corto; tenía semblante severo y movimientos bruscos, por lo que solían decir en la ciudad que era un coronel de «bersaglieri» (1) en espectación de destino. Pero no era áspero ni iracundo; hacíase respetar, y aún temer, con cierta austeridad cortés de modales y con un laconismo frío en el elogio como en la censura, que daba gran valor á su palabra. Poseía, juntamente con la autoridad que procede del carácter y del entendimiento, ese cuidado cons-

(1) Cuerpos parecidos á nuestros batallones de cazadores.—N. del T.

tante y celoso de estar erguido, que es característico en los hombres de escasa estatura. Concurría á los recreos y algunas noches convidaba á los colegiales, en grupos de ocho ó diez, á pasar una hora en la dirección conversando sobre temas de literatura, pero ninguno adelantaba por esto ni un paso en su familiaridad; el profesor de Pedagogía continuaba siendo en todos los demás días aquel mismo objeto de dudas y curiosidades que habían visto desde el principio. Todos, sin embargo, sentían por él aquella simpatía, originada en la gratitud, que inspiran los maestros cuando hacen sencilla y agradable una materia difícil, y lo estimaban porque procedía con justicia; hasta tal punto que en él no se había logrado nunca vislumbrar el más ligero indicio de preferencia para nadie. En los estudios exigía mucho, pero siempre dentro de lo razonable, y era indulgente para con los alumnos de inteligencia torpe, si tenían laboriosidad. Sólo se mostraba intransigente en lo que atañe á la pronunciación, al extremo de hacer repetir veinte ó más veces una palabra hasta que la pronunciasen bien; y en lo que sí era terrible, sobre todo, era en argüir contra la tosquedad de las maneras, contra la falta de dignidad personal en el carácter y hasta en las más insignificantes cosas exteriores, así dentro como fuera de la escuela; lanzaba, hablando de esto, palabras que hacían ruborizarse ó palidecer á los más atrevidos. Decía siempre que deseaba, ante todo, que sus alumnos fuesen hombres bien educados. Y en esto, como en otras cosas, dejaba adivinar el alto concepto que tenía de la profesión del Magisterio. Parecía muy convencido, por otra parte, del irresistible poder de la Pedagogía, y muy seguro de que si le hubiera sido posible educar, por sí mismo y á su manera, á toda la generación nueva, habría perfeccionado la raza humana. Procedía tal vez esta ilusión de que nunca había explicado á niños, á los cuales juzgaba él mucho más sencillos y más dóciles de lo que en realidad son; pero, sea como fuere, aquella ilusión en nada alteraba el carácter experimental de sus explicaciones y nacía de una pasión laudable por la enseñanza; pasión que consiguió infundir en muchos de sus alumnos.

Este hombre, que hallándose triste ponía en olvido el estado de su ánimo y, por impulso vigoroso, hacía que su pensamiento corriese recto por el camino de los estudios, sin dejarle tiempo para volver la vista hacia el doloroso pasado, imprimió, puede decirse, el mismo sello en Emilio Ratti.

Esto comenzó á manifestarse al principio del segundo año, y cuando la pedagogía entró en un terreno más práctico, bajando desde el estudio de las facultades humanas y el concepto general de la educación, al de la escuela y al de la familia. Vióse entonces y se desarrolló lentamente en él, una verdadera pasión por la carrera del magisterio; pasión que sólo entonces le pareció haber tenido siempre, inconscientemente. Y era verdad. La nobleza de alma heredada de su madre, que pertenecía á una familia aristocrática, con la cual, á consecuencia de su matrimonio, había roto, viviendo siempre separada de ella, aunque con gran sentimiento suyo; la lectura constante, si bien algo superficial, de muchos libros de escuela ó de educación que llegaban á sus manos en la imprenta; esa especie de cariño paternal que nace en todo primogénito para con sus hermanos mucho menores que él, cuando la familia vive en la estrechez, y también el haber oído á menudo hablar de aquella Escuela normal que existía en la población, y que despertaba su curiosidad desde la infancia, con las figuras nuevas y singulares que aparecían allí cada año, habían predispuesto su espíritu, sin que él nunca lo echara de ver, á la resolución, que Emilio creyó haber adoptado casualmente, de dedicarse á maestro. Cuando, algún tiempo después, le hirió cruelmente la desgracia, habiase juntado á impulsarle por el mismo camino ese deseo de la vida tranquila y solitaria que inspiran los grandes dolores. Parecía entonces que debía de ser así la vida de un maestro de aldea, cuya casa es la escuela y donde no hay otros lazos con el mundo que el de los niños. Pero otro motivo más poderoso había labrado en su alma: En todo el tiempo transcurrido desde el día en

que se vió en la miseria hasta aquel en que salió de ella merced á la caridad de otros; mientras duró aquella serie larguísima de paseos que había dado y visitas que había hecho, inútiles aquéllos y éstas, para ver á mucha gente, llevando siempre de la mano á sus hermanitos, vestidos de luto, inquietos como él mientras subían las escaleras, temblando á la vista de las personas de quienes solicitaba socorro, y desolado ante las negativas; en aquellos treinta días eternos, que le llevaron alternativamente las esperanzas y los desencuentros, y terminados todos por tristísimas noches que pasaba Emilio en una habitacioncilla obscura, muy próxima á la alcoba de su madre enferma, estrechando contra su pecho á los tres desdichados niños y suplicándoles que no lloraran muy fuerte, había aumentado su amor inmenso, su ternura infinita hacia ellos. Y en esto había influido mucho un motivo que, á primera vista, no parece que debería importar gran cosa en medio de tamaña desventura, y fué que sus tres hermanillos, no sólo carecían por completo del donaire ó la gracia infantil que tanto ayuda para despertar interés en casos análogos, sino que tenían los tres esa especie de fealdad llamativa que, sin ser precisamente deforme, toca ya casi los linderos de lo ridículo; efecto que resultaba mayor por la semejanza que entre los tres había. En el semblante de muchas de las personas á quienes los presentaba, pillaba Emilio al vuelo un movimiento de estupor, una ligerísima sonrisa, y en algunas la expresión de una lástima inspirada antes por el aspecto de los chicos que por el estado en que se hallaban; heriale todo esto en el corazón y le hacía que, cuando estaban solos, prorrumpiese con sus hermanos en manifestaciones de ternura ardiente, que los sollozos sofocaban. Después de su ingreso en la escuela, aquel sentimiento permanecía vivo; y así como el afecto hacia la niñez, acaso porque nace en una fuente más rica y más pura, es el que tiene mayor propensión á extenderse á las personas que no son su objeto inmediato, así aquel inmenso amor fraternal de Emilio habíase convertido, poco á poco, en una simpatía dulce y melancólica hacia todos los niños, hacia toda la infancia descuidada, abandonada,

pobre, oprimida, á la cual le inclinaba continuamente su imaginación, conmovida por recientes recuerdos. Uniéndose á esta disposición de su espíritu la influencia de la literatura pedagógica, inspirada en el amor y en el culto de la niñez y el sentimiento de la importancia y de la nobleza del ministerio profesional, sintióse Emilio Ratti impulsado hacia el magisterio con tal fuerza, que creyó haber sido destinado á él por la naturaleza, y que, aún en el caso de que su familia se hubiese encontrado en situación desahogada y floreciente, habría él concluído por ser maestro. Y, como acontece á muchísimos, en aquellos primeros ardores por el estudio ó por la profesión escogida, que se les fija en la memoria una máxima resumen de las aspiraciones de nuestra juventud que casi llega á ser el astro luminoso de todos nuestros pensamientos, del mismo modo se grabó en el cerebro de Emilio, y tuvo duradera y real influencia en su vida, una frase que oyó al profesor de Pedagogía, á la mitad próximamente del segundo curso: «No existe para la conciencia situación más elevada ni más envidiable que la de un hombre que puede decirse á sí mismo todas las noches: Hoy he llevado una idea nueva, he despertado un sentimiento noble, he corregido un defecto, he derramado una buena semilla más en el alma de un niño.»—He ahí mi porvenir, pensó Emilio. Y esta sentencia fué de día en día como subiendo en la inteligencia y profundizando en el corazón, y llegó á ser para Emilio Ratti el alma de sus estudios y de sus esperanzas.

Pero aún sin todo esto, fuera de la ocupación continua que exigía á todos el exceso de las asignaturas; exceso que, como allí decían, no solamente no dejaba el tiempo necesario para digerir las cosas, sino ni aún el indispensable para masticarlas, aquella existencia habríale parecido bastante agradable, aparte de la poca libertad. Las lecciones prácticas en las clases elementales anexas á la escuela, las conferencias, los paseos pedagógicos, las visitas á las escuelas rurales de los pueblecillos, le divertían. También la compañía le agradaba; su carácter, algo encogido, y aun velado por la tristeza, tenía algo de retraído. En los primeros meses había tenido por compañeros de cuarto á un aldeanote

robusto, de unos veinte años, de manos callosas, de zapatones claveteados, que se fatigaba haciendo sus resúmenes como un buey arando, y sudaba la gota gorda cuando le preguntaban en clase, agitado con un terror perpetuo á los exámenes; y á un curita, que había colgado los hábitos, de genio alegrísimo, gran fumador de pipa y escaso de barba, y á quien sus colegas habían comprado, por suscripción, una chaqueta de fustán, de quince pesetas, toda arrugada, que era la diversión de todos. Estos dos habían distraído muchas veces á Emilio de sus melancólicos pensamientos. Después, el director había hecho distinta distribución, reuniendo tres á tres los alumnos en el mismo dormitorio, y entonces le tocaron por compañeros un ex cabo de granaderos y el hijo de un sangrador, de los cuales ya no le separaron en lo sucesivo. Con ambos estrechó Emilio lazos de amistad, y acompañado sólo por ellos, paseaba, según prevenía el reglamento antiguo, en las horas de salida, hallándose encargado el granadero del oficio de «guía», ó sea de vigilar la conducta de los otros dos, y de referirla, si era necesario. Si la variedad es agradable, no habría podido Emilio escoger con más tino sus compañeros, porque dos tipos más diferentes y más distintos de él no era posible hallarlos, ni aún buscados con un candil. El ex cabo, nombrado Lérica, había entrado en la escuela con cierta celebridad, porque, habiendo obtenido en el año anterior, como merced especial, examinarse con las muchachas, en lugar de hacerlo con los chicos (pues el servicio militar le impedía acudir á la hora en que éstos se examinaban), un periódico de Turín había mencionado, en una graciosa descripción de la sala dispuesta para los ejercicios por escrito, la extraña figura que hacía entre aquellas doscientas señoritas, aldeanillas ó colegialas de trajes diversos, aquel granadero colosal, de uniforme, sentado aparte delante de una mesita, doblado sobre su cuaderno y con dos enormes bigotazos que barrían el papel; y de esta figura extraña se había hablado mucho, y reído más, en los círculos escolares. Reprobado en todas las materias por falta absoluta de preparación, había tenido que resignarse á emprender los estudios reglamentarios, y había

ingresado en la Escuela. Por qué causa aquel soldado musculoso, que á los veintiocho años representaba cuarenta, con aquellos dos ojazos que se le escapaban del rostro, aquellos dos puños que parecían dos mazas, aquella voz que remedaba un cañonazo, y aquel aspecto de espantajo de chicos, había ido á escoger precisamente la profesión de maestro, nadie podía explicárselo; la cosa era tanto menos explicable, cuanto más evidentemente se comprendía que el granadero tenía un genio impetuoso y colérico hasta tal punto, que cuando en la escuela de tirocinio, respondiendo á la «crítica razonada» que de su lección había hecho un compañero, ponía su puño bajo la nariz, como tenía por costumbre, y movía los ojos encendidos, el colega «crítico» retrocedía prudentemente. Y aún era más extraño que hubiese tomado aquella profesión, porque parecía dominado de instintiva aversión á los chicos, en los cuales imaginaba siempre abismos de perfidia, de modo que en la escuela práctica pensaba descubrir cada día, según la manera de mirarle, un muchacho que le odiaba de muerte, y miraba, ya á uno, ya á otro, con el aire provocativo de un espadachín; como habría podido mirar á hombres, y los trataba después de holgazanes y de puercos.

Gustaba, sin embargo, á Emilio Ratti por la gran sinceridad de su alma y también por cierta agudeza y por el sentido común que demostraba en lo que á los estudios concernía, por más que surgiese entre ellos súbito disentiimiento cuando sus conversaciones pasaban desde la escuela al ejercicio de la profesión; en este punto Lérica tenía un concepto completamente diverso del que tenía Emilio; acariciaba aquél la idea de una existencia de lucha en la que haría temblar á los alcaldes y á los párrocos; pondría de patitas en la calle á padres indiscretos y á concejales descorteses, y arrojaría por la ventana á los discípulos revoltosos. A contener un tanto á este toro furioso ayudábale su otro compañero Juan Labaccio, regordete, de mediana estatura, con un semblante imberbe y plácido, acomodado para todo, como funcionario jubilado, que nunca se quejaba por nada y á todos daba la razón, asintiendo, con una sonrisa prudente, á la maledicencia;

diligente en el estudio, sin pasión, gran calígrafo, comedor reposado y goloso, contentísimo siempre, como si en la profesión de maestro tuviera asegurada una vida cómoda y feliz, llena de ventajas y de satisfacciones para él solo reservadas, y constantemente regocijado recordando una herencia modesta que esperaba de un su tío, anciano ya, presidente del Municipio de Azorno, y del que hablaba frecuentemente y con orgullo. Con éstos se entretenía Emilio Ratti en largas conversaciones durante las horas de recreo, mientras los demás jugaban, y con ambos daba diariamente su paseo; de suerte que á muchos habitantes de la población se les había hecho ya familiar la figura de aquel jovencillo delgado y pálido, y de rostro prolongado, que iba siempre como prisionero entre aquel gigante iracundo, que á cada momento levantaba la voz y cerraba el puño debajo de su nariz, y aquel sér apacible, redondo y sonriente, siempre cuidadoso de no mancharse los zapatos, y ocupado en fumar, con aparatosa lentitud, su medio cigarro Cavour.

Como la población es pequeña, algunos otros de sus condiscípulos eran conocidos personalmente y de nombre; el sacerdote secularizado, un poeta que escribía sonetos pagados para mozos de café y para comidas de campo, un ex cajista de imprenta que aventajaba á todos por su inteligencia y por su aplicación, y al cual se auguraba porvenir brillante, y dos ó tres, que solían hacer de noche alguna escapatoria, uno de los cuales fué detenido en el momento en que escalaba la tapia del corral, y llamado á Consejo de disciplina ante el Tribunal escolástico. Pero Emilio Ratti no tenía amistad con ninguno, sino con sus dos compañeros. Vivía casi como un solitario, é ignoraba la mayor parte de las ocurrencias de la crónica interna, y así pasó los tres años de la escuela, completamente absorto en los estudios, ensayándose un poco en la parte científica, concentrando todos sus esfuerzos sobre las cartas y la metodología, y animándose cada vez más en su amor ideal á la infancia y en el gran aprecio á la profe-

sión á que estaba destinado, pero sin entregarse, en lo que respecta á su porvenir, á ilusiones demasiado lisonjeras; ilusiones que no le era posible acariciar después de la ruda experiencia de la vida por que había pasado, cuando perdió para siempre á su padre. De año en año sentíase ligado al Director de la escuela por una simpatía creciente, no inspirada sólo por las dotes de talento y de carácter que todos reconocían en él, sino por otro motivo que Emilio Ratti consideraba que á él solo se refería. Desde el primer día de su entrada en la escuela habíale parecido que la mirada del Director se detenía sobre él más á menudo que sobre los otros, y que, á veces, cuando esa mirada se encontraba con la suya, la evitaba, como si el Director temiera que le adivinase. Era una mirada que no expresaba ni curiosidad ni benevolencia; nunca, al dirigirla las preguntas, ni en ninguna otra ocasión, había podido notar Emilio en el rostro ni en las maneras del Director la más fugitiva señal de preferencia. Y no obstante, aquello era algo; solamente aquella mirada, muda, en hombre tan rígido y tan igual para todos, debía de tener algún significado. Y aquel sentimiento secreto que Emilio no lograba explicarse, y sobre el cual volvía muy á menudo con el pensamiento, le animaba al trabajo, dábale una satisfacción más viva y más íntima quizá que la que hubiera experimentado por una abierta manifestación de simpatía. Poca cosa era aquella mirada, aquella atención fría, de la cual parecía á Emilio Ratti que era de vez en cuando el objeto; pero era todo cuanto él había hallado de más parecido á la expresión de la solicitud paternal desde que no tenía padres.

Y aún dudando muy frecuentemente de que fuesen más imaginarios que reales los motivos de aquel sentimiento suyo, sentíase menos huérfano cuando aquellos ojos severos se fijaban en él, y así tornaba al estudio más tranquilo y más animoso.

Una sola cosa vino á turbar, hacia la mitad del tercer año, la tranquilidad de espíritu en que se había acostumbrado á vivir, y fué la ilusión de que todo aquel fardo de conocimientos superficiales sobre ciencias y sobre literatura, con los cuales, antes que instruir la

inteligencia, había cargado la memoria, constituían una sólida y verdadera sabiduría, con que comenzó á despuntar en su alma un indicio de vanagloria; esa vanidad que se apodera, en los primeros fervores de los estudios, de casi todos cuando no han llegado aún á esa altura media de cultura intelectual desde la que se abarca con la mirada el vasto horizonte de lo que se ignora. Pero estas vanidades se desvanecieron muy pronto en Emilio; al aproximarse los últimos exámenes, cuando repasó todas las asignaturas y se preguntó á sí mismo y pudo reconocer cuán escasas eran las ideas claras y los conocimientos sólidos en aquel almacén desordenado y obscuro de fragmentos que había creído exuberante de riquezas. Consagróse á estudiar con toda su alma durante los últimos meses, veló muchas noches y tuvo, sobre todo mientras velaba, horas muy tristes, en las cuales interrumpiendo su estudio, sentíase como invadido por un dolor nuevo de sus desgracias; en aquella exaltación cerebral tornaba á ver con claridad espantosa la agonía de sus padres y las escenas más dolorosas de aquel terrible mes de abandono, y tornaba á la desesperación y al desaliento como ante la realidad de las cosas. Ayudábale ahora, sin embargo, la compañía de sus dos camaradas, que velaban en el mismo cuarto, porque ya el uno, ya el otro lo sacaban de aquellas alucinaciones; era unas veces el ex granadero amenazando con el puño cerrado á las dificultades como si fuesen enemigos suyos; era otras Labaccio, que de ordinario, roncaba cinco minutos en cada hora de estudio y lanzaba notas agudas y muy extrañas, como gritos que se le escapaban del alma por el gozo de dormir. Algunas veces le consolaban verbalmente también, uno jurándole al oído, el otro exhortándole para que cuidase de su salud. En el fondo, Emilio no se acomodaba del todo con ninguno de los dos; era, en efecto, de temple mucho más delicado y tenía muy distinto concepto de la vida, á más de existir entre él y los otros gran diferencia de edades; pero acaso por esa misma diferencia que le obligaba frecuentemente á pensar y á sonreír, había acabado por aficionarse al uno y al otro, más particularmente al granadero, razón por la

cual tuvo mayor pena de la que él, concluidos felizmente los exámenes de reválida, había presumido cuando hubieron de separarse con la certidumbre de no verse en bastante tiempo, Lérica para trasladarse á Turín, el otro para volver á Azorno, y él para tornar á casa de los esposos Goli.

Estos, que habían cobrado cariño á la niña, satisfechos con el buen éxito del joven, le regalaron la cantidad que habrían pagado por la Escuela si Emilio no hubiese ganado la pensión, y encontraron muy pronto para él una plaza interina en un pueblecito próximo, nombrado Garasco, donde debía substituir durante un año al maestro de primeras letras que se hallaba enfermo en Turín, y á quien el alcalde, pariente suyo, deseaba conservar su puesto para cuando estuviese restablecido. El sueldo no era gran cosa; setecientas pesetas, es decir, ciento cuarenta pesetas menos de lo que el Municipio mismo ofrecía, según anuncio publicado en los periódicos, por una guardería rural. Pero permaneciendo allí nueve meses, podía procurarse cómodamente otra plaza más aceptable, y esto habría sido para él á modo de un año de ensayo. Una vez recibido su nombramiento del Municipio, dedicó Emilio los últimos días de vacaciones á disponer una colección escogida de ejercicios orales y escritos, graduados con sujeción al mejor método, para dar con seguridad sus primeros pasos; se suscribió á un periódico didáctico para estar al tanto de las novedades y tener una especie de guía para sus explicaciones, y llegado el día de la marcha, después de poner en un carricoche un baúl viejo que contenía las ropas, no muy abundantes, del nuevo maestro, un par de docenas de libros y el voluminoso paquete de temas, fué á la Escuela Normal á despedirse de su director.

Recibióle éste en su cuarto, con la cortesía en él habitual, austera y grave. Auguró bien de la carrera, y le dió algunos consejos: que se condujese bien en el pueblecillo; que fuese con todos respetuoso; que se consagrara por completo á sus estudios; que permaneciese ajeno á las luchas políticas, sin otro pensamiento que el de cumplir con su deber; que no incu-

riese en el error de pedir de pronto todo lo que considerara necesario para la escuela, como hacían tantos otros, con el plan de una escuela modelo en la mano, y que adquirirían fama de innovadores imprudentes, pero que tomase las cosas despacio; hablando hoy al superintendente, mañana al alcalde, con intervalos largos y con los debidos miramientos, que era el medio más adecuado para conseguir el propósito; y muchas otras cosas. Díjole, para concluir: «Mire usted siempre alto. Puede llegarse á todo, aun por el camino humilde que usted emprende. No se deje usted desalentar por el temor á la gran competencia, que es la excusa de los ineptos. En nuestro campo, como en cualquiera otro, son innumerables los concurrentes; pero si descontamos aquellos cuya inteligencia es escasa, los que tienen inteligencia, pero no voluntad, los que tienen una cosa y otra, pero carecen de carácter, ó de fortuna, ó de salud, esos muchísimos quedan reducidos á muy pocos. Maestros hay que se gradúan después y llegan á ser profesores de Institutos ó de Universidades, y autores de libros famosos; maestros heroicos que, sin salir de la modesta posición de maestros de escuela, tuvieron familia numerosa, hijos médicos y abogados. Hay también, aun entre los menos favorecidos por la fortuna, muchos honradísimos, que viven contentos y estimados. Usted los conocerá. Tómelos como ejemplo, y que sea usted dichoso.» Dicho esto, el director de la Escuela regaló á Emilio un ejemplar del «Jaguet», Manual de Pedagogía, como recuerdo suyo, diciéndole: «Tome usted; ahí dentro hallará usted una papeleta que poseerá con mucho gusto.»

El nuevo maestro, muy conmovido, tomó el libro que su antiguo director le ofrecía, se despidió de éste sin poder casi pronunciar una palabra, y cuando estuvo en el carruaje se apresuró á buscar el papelito y lo desdobló. Aún no había comprendido el significado de las primeras palabras, cuando el escrito, el papel, el campo, todo se obscurecía á su vista. Era una carta de su madre, la única que Emilio poseía, dirigida al profesor Megari, un plieguecito arrugado sobre el cual la pobre mujer, pocos momentos antes de morir, había escrito con lápiz: «Le recomiendo mi pobrecillo hijo, desde el

lecho de muerte.» El joven besó mil veces aquellas palabras, volvió á colocarlo en su sitio, y después, levantando los ojos hacia aquella carretera blanca y recta que le conducía á las grandes luchas de la existencia, expresó todo su pensamiento con la palabra que, desde hacía tres años, estaba repitiéndose continuamente: ¡ÁNIMO!